

para promover el inacabable y fructífero estudio de Miguel de Cervantes, de *Don Quijote de la Mancha*, de Alonso Quijano, Sancho Panza, Dulcinea... y de sus muchas y variadas estelas. Es un paso firme, bien asentado, que comienza a andar un camino complejo y en gran parte aún ignoto.

LARO DEL RÍO CASTAÑEDA



Luis José VELÁZQUEZ, MARQUÉS DE VALDEFLORES, *Viaje de las Antigüedades de España (1752-1765)*; estudio y edición de Jorge Maier Allende; catálogo de dibujos y mapas por Carmen Manso Porto. Madrid, Real Academia de la Historia (colección «Antiquaria Hispánica, 25. Manuscripta Antiquitatum, 7»), 2015, 2 volúmenes, 966 págs.

Dentro de la prestigiosa colección «Antiquaria Hispánica», que desde 1999 viene publicando el Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia, se edita ahora gran parte de la obra anticuaria y el epistolario del marqués de Valdeflores, uno de los académicos y literatos más solventes de su tiempo, por la edición y estudio de Jorge Maier. La trayectoria científica del doctor Maier es bien conocida y respetada entre los estudiosos de la historiografía y de la historia de la arqueología en España durante este último cuarto de siglo, lo que nos evita detenernos en cualquier presentación. La calidad de esta publicación ha sido reconocida por los especialistas, siendo galardonada con el Premio de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII en su primera convocatoria (2016).

Asimismo, la colección en que se inscribe esta publicación está suficientemente acreditada por la razonada y sistemática publicación del rico acervo documental que la Academia de la Historia ha ido acumulando en sus más de doscientos cincuenta años de vida. Que no se hubiese editado nunca ha sido, sin duda, el motivo de la candorosa ignorancia en que hemos vivido, desconociendo lo adelantadas que entre nosotros estuvieron muchas disciplinas y ciencias en la época de la Ilustración y durante el siglo XIX. Ediciones de los corpus documentales académicos de personajes como José Ramón Mélida (2006), el conde de Lumiares (2009), José Cornide (2009), José Vargas Ponce (2010) y esta que nos ocupa (por citar solo las de la última década), desentrañan una *terra ignota* y ponen en la mano de los estudios materiales valiosísimos para el progreso de

una ciencia y de unas disciplinas que, de haber sido más diligentes y prácticas nuestras antiguas instituciones académicas, habrían adelantado exponencialmente nuestros saberes en estas materias y ahorrado muchos esfuerzos que ahora se nos revelan vanos e insustanciales.

Este es el caso de la obra que ahora se presenta, porque Valdeflores, con un método (*Instrucciones*, según fueron llamadas) sencillo y racional, elaboró a mediados del siglo XVIII la primera sistematización de la epigrafía Antigua hispana (de una gran parte de la Lusitania y Bética, concretamente), adelantándose en un siglo al alemán Emil Hübner (1834-1901) y a la formación de su *Corpus Inscriptionum Latinarum*. «Precursor de Hübner» llamó a Valdeflores Alicia Canto (*Boletín de la RAH*, 1994).

El autor

Luis José Velázquez Angulo, segundo marqués de Valdeflores, nació en Málaga en 1722, en el seno de una familia noble, vinculada con la milicia y la administración municipal de Málaga, y falleció en las inmediaciones de la misma en 1772, cuando le faltaban dos días para cumplir cincuenta años. El título de Valdeflores, por el que resulta más conocido, fue creado en la persona de su padre, Francisco Pascual Velázquez, en mayo de 1764, y heredado por él a la muerte de éste aquel mismo año.

Maier, en el estudio preliminar a la edición, trata con detalle y fundados conocimientos la biografía humana e intelectual de este personaje. Recibió Velázquez una esmerada educación con los jesuitas, en filosofía, derecho y teología, en el Colegio Imperial de Granada y después, en el Colegio de Clérigos Menores de Málaga, graduándose de doctor en teología en 1745. Se instaló en Madrid en 1748, pero ya entonces se había despertado en él el interés por las antigüedades, después de haber visitado las ruinas romanas de Ronda la Vieja y las recién descubiertas de Cartama (Málaga). Decantada su vocación por la historia, en la corte se relacionó con cronistas y anticuarios, como el padre Enrique Flórez y el jesuita Andrés Marcos Burriel, siendo introducido en la *Academia del Buen Gusto* (1749-1751) por el III conde de Torrepalma en 1750 (donde conoció a Agustín de Montiano, de cuya tertulia, a partir de 1751, Velázquez fue un asiduo y además colaborador) y recibido de académico supernumerario en la de la Historia al año siguiente, y de numerario en 1752. Este súbito *cursus honorum* académico contó con el favor y padrino del ya mencionado Agustín de Montiano (1697-1764), director perpetuo de la Academia de la Historia. De entrada, Velázquez ya dio testimonio de sus adelantos e investigaciones en

los antiguos alfabetos ibéricos y publicó su primer trabajo histórico-literario al amparo de la Academia en 1752 (*Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas que se encuentran en las más antiguas Medallas y Monumentos de España* (Madrid, Antonio Sanz, 1752; 168 págs. + tablas y láminas). Y este éxito no vino solo, ya que aquel mismo año fue armado caballero de la orden de Santiago. Todos estos favores, en individuo tan joven, de provincias y recién llegado a la corte, le granjearon serias enemistades, más o menos declaradas (como la de Campomanes, poco afecto a Montiano y, precisamente, sucesor suyo al frente de la Academia) que Maier desgrana e interpreta (I, págs. 67-71). Pero como Velázquez confesó a Montiano en una carta de 1755, «yo, señor,... estudio por inclinación, escribo por gusto y placer y publico... porque deseo ser útil al público y concurrir... a establecer el buen gusto en la nación. Por lo demás, créame usted... que no tengo el menor impulso de vanidad» (I, págs. 44 y 259).

Velázquez es también conocido por sus estudios en la historia de la literatura española: los *Orígenes de la poesía castellana* (Málaga, Francisco Martínez de Aguilar, 1754, con reeds. posteriores), aunque poco valorados por Menéndez Pelayo, contienen, en cambio, la primera secuencia sistemática de sus «edades»; o la publicación de las poesías de Francisco de la Torre, poeta de finales del siglo XVI, tenidas por él como originales de Quevedo, su primer editor (*Poesías que publicó D. Francisco de Quevedo Villegas, etc. con el nombre del Bachiller Francisco de la Torre*, Madrid, Imprenta de Música de D. Eugenio Bienco, 1753).

Velázquez fue una criatura de la cultura y del reformismo borbónico del reinado de Fernando VI y como tal padeció en propia carne las traumáticas mudanzas acontecidas con el advenimiento de Carlos III: su destino, ligado al del marqués de la Ensenada, sufrió tras la caída y destierro del antiguo ministro de Fernando VI, siendo víctima de la persecución política desencadenada tras el Motín de Esquilache (1766). Acusado de sedición y autor de libelos, Velázquez fue detenido el 20 de octubre de 1766, secuestrados sus papeles y biblioteca, confinado en el castillo de Santa Bárbara de Alicante y, por último, condenado en 1770 a pena de cárcel en el presidio del Peñón de Alhucemas. Indultado al año siguiente, hubo de permanecer desterrado en el antiguo reino de Granada.

La obra

La producción histórico-anticuaria de Luis José Velázquez se inscribe dentro de la política cultural desarrollada por los Borbones a partir de 1715: el interés por la historia y la geografía Antigua de España; la promulgación de los

primeros decretos o reglamentos que contemplaban lo que luego se ha venido en llamar «patrimonio cultural» (arqueológico, monumental, artístico y documental); el arraigo del *buen gusto* y de un arte y estilo académicos de filiación internacional, etc. estuvieron jalonados por la fundación de institutos gestores de nuevo cuño, como la Real Biblioteca (1712), la Academia Española (1714) y las de la Historia (1738) y las Bellas Artes (1744/1752). Este proceso es analizado por Maier en el estudio preliminar (I, págs. 20-35), actualizando y enriqueciendo trabajos suyos anteriores (2010 y 2012, o como editor, en colaboración con Martín Almagro-Gorbea).

Es en este contexto en el que nacen los llamados *viajes literarios*, o sea: expediciones o comisiones científicas, perfectamente concebidas, con principios y objetivos sistematizados y concretos, basados en la división del trabajo y en la coordinación de diferentes equipos, y auspiciados por la corona a través de sus reales academias. Ciencia es sinónimo de medida, método y rigor, y también estas fueron las instrucciones básicas de la nueva disciplina anticuaria y las adoptadas por las Academias españolas a mediados del siglo XVIII, durante el reinado de Fernando VI.

Destaca Maier el carácter pionero y excepcional del *Viaje de las Antigüedades de España* de Luis José Velázquez, sin parangón en la Europa de su tiempo, pues si bien los de Robert Wood a Palmira y Baalbeck (1750-1751; publicados en 1753), los de John Stuart y Nicholas Revett por Grecia en 1751-1755 (publicados a partir de 1762), el de Julien-David Le Roy asimismo a Grecia en 1754-1755 (publicado en 1758) o el del padre Giuseppe Maria Pancrazi por Sicilia (publicado en 1751 y 1752) son viajes arqueológicos y monumentales, el *De las Antigüedades de España* de Luis José Velázquez tiene una finalidad y orientación histórica, tendente a documentar fidedignamente la historia más remota del país, coleccionando textos (epigráficos o manuscritos) y formando un corpus de ilustraciones gráficas y cartográficas hecho al efecto y levantado bajo su atenta dirección (I, págs. 29-30 y 71). Este trabajo tuvo su paralelo, como recuerda Maier, en los viajes literarios (más conocidos, por publicados) de los padres Burriel y Flórez registrando los archivos eclesiásticos españoles.

El *Viaje de las Antigüedades de España* es una iniciativa de 1752, auspiciada por el gobierno, mediante la cual ponía por obra uno de los cometidos fundacionales de la Academia de la Historia, expresamente referido en la Real Cédula de creación de 1738: «será su primer empresa la formación de unos completos Annales, de cuyo ajustado y copioso Índice se forme un Diccionario Histórico Crítico universal de España y sucesivamente quantas Historias se crean útiles» (art. 1). La elección de Velázquez para este trabajo venía acreditada por la redacción de aquel *Ensayo sobre los alfabets de las letras desconocidas*,

patrocinado por la propia Academia y publicado aquel año de 1752. El proyecto contó con financiación del gobierno hasta febrero de 1755, y por cuenta propia Velázquez la prosiguió hasta 1760. De sus trabajos y el sistema seguido en ellos, el autor dio cuenta en una publicación impresa a sus expensas en 1765, tras las desavenencias con la propia Academia y la muerte de Montiano, su protector: se trata de la *Noticia del viage de España hecho de orden del Rey, y de una nueva historia general de la nación desde el tiempo más remoto hasta el año de 1516* (Madrid, Gabriel Ramírez, 1765; 131 págs.)

Son dos los trabajos anticuarios del Marqués, inéditos hasta ahora, que vemos publicados: la denominada por el editor *Relación del viaje de Extremadura de León y de los reinos de Sevilla, Córdoba, Jaén y Granada*, visitados desde finales de 1752 hasta septiembre de 1753, y desde esta fecha hasta finales de 1754, respectivamente), redactada en 1754-1755 y cuyo manuscrito posee la Biblioteca de la Academia de la Historia (signs.: 9/4118/1 y 9/4118/26). La edición ocupa ciento sesenta y cuatro páginas (tomo I, págs. 295-459). El segundo manuscrito lleva por título *Memorias de el viage de España*; tiene cuatrocientas ochenta y un hojas útiles en cuarto y se conserva en la misma biblioteca (RAH: sign. 9/7018). La edición de este manuscrito, compuesto entre finales de 1762 y 1764, ocupa ciento setenta y nueve páginas (de la 493 a la 664), correspondientes al comienzo del segundo tomo.

Asimismo, para contextualizar estos trabajos y sus vicisitudes académicas se publican la *Memoria* leída por Luis José Velázquez en la Academia de la Historia el 21 de noviembre de 1760, dando cuenta de las comisiones desempeñadas de real orden (o sea: el *Viaje de las Antigüedades de España*), y la correspondiente *Censura* (acerba y negativa, por suplantar un único académico lo que competía a toda la Academia), encomendada a Lorenzo Diéguez, Pedro Rodríguez Campomanes y Antonio Mateos Murillo y fechada en Madrid, el 20 de diciembre siguiente (I, págs. 461-469 y 471-478). Se reprochaba, así, lo que Montiano, en otra ocasión posterior y con otro motivo, llamó «su viveza o deseo de fama» (I, págs. 95 y 277). En efecto, del estudio preliminar de Maier y de la consulta de la correspondencia con Montiano, se descubre un Valdeflores diferente, un tanto audaz, con sus puntas de arrogancia y de mordacidad con algunos de sus colegas: por ejemplo, al bueno del padre Flórez, al que nada más y nada menos debía Velázquez sus saberes en numismática, acabó llamándole el *Ajo confitado* y a su obra, la *Pepitoria Sagrada* (I, págs. 39 y 67-68, 263, 266, etc.).

Para Maier, no cabe duda de que la comisión del *Viaje* a Velázquez fue un designio de Agustín de Montiano, eludiendo la concurrencia y opinión de la propia Academia de la Historia (I, págs. 45-46), al estar convencido de la excelencia de su protegido. Era una cuestión de Estado en la que además es-

taba comprometido el marqués de la Ensenada. Se trataba de formar un cuerpo histórico documental fidedigno de la nación española a partir de los testimonios originales (monumentos, inscripciones, medallas, monedas, diplomas, etc.), con el objetivo de desterrar las ideas vulgares y fabulosas, míticas y legendarias de nuestra historia (en sintonía con el postulado feijooniano), y que sirviera para la producción de una historia crítica de España. Pero también le había sido encomendado discernir la geografía Antigua de España, como medio para fijar la moderna, con vistas a la confección de una cartografía rigurosa del país (a cargo de Jorge Juan y Antonio de Ulloa [I, pág. 86]) y a la modernización de su sistema de comunicaciones, asuntos de capital importancia durante el reinado de Fernando VI y para su ministro el marqués de la Ensenada. Ambos asuntos, además eran concordantes con la constitución orgánica de la propia Academia de la Historia y figuran expresamente consignados en la *Instrucción* que Velázquez hubo de observar en la comisión del *Viaje*, dictada el 2 de noviembre de 1752 y reproducida facsimilarmente en las primeras páginas del segundo tomo (II, págs. 495-503; y comentada en I, págs. 50-56).

El trabajo biográfico y el estudio de la producción anticuaria del marqués de Valdeflores están bien ordenados y mejor dispuestos, con todo el aparato y erudición requeridos y a que Jorge Maier nos tiene acostumbrados, con una redacción perfecta y amena. Es de notar, en cambio, la falta de una bibliografía general para este apartado introductorio (copioso, por lo demás, en referencias de autoridades: contiene 555 notas).

Gran interés reviste la edición de toda la *Correspondencia* conocida de Luis José Velázquez, conservada en su mayor parte en la Real Academia de la Historia, pero con algunas muestras en la Biblioteca Nacional de España y en el Archivo Histórico Nacional (I, págs. 117-293). Abarca el periodo comprendido entre 1752 y 1772, aunque el mejor representado y prolijo es el que va de aquel año a 1755; es más escaso a partir de entonces y falta por completo el lapso comprendido entre 1762 y mediados de 1770 (en gran parte, coincidente con su detención y arresto, ordenados el 20 de octubre de 1766), y vuelve a ser frecuente desde entonces hasta unos meses antes de su fallecimiento. Contiene cartas, órdenes, oficios, memoriales, así como un breve y divertido entremés, localizado en Fuenterroble de Salvatierra (Salamanca) y seguramente inspirado en un suceso acaecido en mayo de 1753, que describe con humor el reiterado engorro que suponía el alojamiento propio y de su comitiva en los pueblos y lugares de España durante la comisión de su *Viaje* (I, págs. 162-164, y 65, nota 223). Entre los corresponsales, atendiendo al volumen de cartas, destaca Agustín de Montiano, fundador y director perpetuo de la Academia de la Historia; también hay cartas de los ministros marqués de la Ensenada y Manuel de Roda

(de Gracia y Justicia), y de Eugenio Llaguno, secretario de aquélla. Atendiendo a aspectos formales y para facilitar su manejo y referirlas, hubiera sido oportuno numerar correlativamente este epistolario.

Los criterios de edición de los manuscritos son los apropiados para los textos históricos dieciochistas: la modernización en la transcripción la justifica Maier para «facilitar su lectura» (I, pág. 16), lo cual es indiscutible y de agradecer, pero también en que la Academia Española ya había fijado por entonces la fonética de nuestra lengua. Pero esta norma no la sigue en la publicación de la correspondencia ni en la de los memoriales, en que mantiene la ortografía original y las abreviaturas, porque —dice— se trata «de documentos privados y por no restarle expresividad y espontaneidad al lenguaje» (I, pág. 19). Es un criterio, pero ¿no es más coherente y lógico seguir uno solo para toda la obra? Creo que la actualización ortográfica no obsta ni desmerece el tono y aliento de las cartas, facilitando su lectura, como se pretende.

El resto de la publicación corresponde al exhaustivo estudio y catalogación razonada de los dibujos y materiales gráficos conservados que conformaron el álbum de ilustraciones originales del *Viaje de las Antigüedades de España*. Este apartado fue trabajado por Carmen Manso, buena conocedora de estas muestras, una parte de las cuales ya había tratado con anterioridad (*Reales Sitios*, 186, 2010). Por apéndice, edita tres documentos manuscritos inéditos relacionados con esta pionera colección de dibujos anticuarios (entre otros, el *Informe* de Juan López a la Academia, de 1801, o un interesante repertorio de la cartografía de la Península disponible a mediados del siglo XVIII debido al propio Valdeflores [II, págs. 899-900 y 901-913]) y sendos apartados bibliográficos, extensos y actualizados, concernientes al estudio y catálogo.

El estudio de los diseños relacionados con el *Viaje de las Antigüedades de España* trae, además, una novedad ya presumida: la identificación del perito dibujante Esteban Rodríguez (muerto en abril de 1754), ayudante de Velázquez en sus investigaciones y levantamientos hasta finales de noviembre de 1753, y hermano del conocido arquitecto Ventura Rodríguez Tizón (I, págs. 52-54 y 82, y II, págs. 669-676).

La publicación cuenta con índices (onomástico, topográfico y de ilustraciones originales y figuras) formados por los editores para facilitar el manejo de esta obra voluminosa y enciclopédica.

Extraña que una producción anticuaria tan concreta e importante no fuera conocida ni manejada por Antonio Ponz (1725-1792), pues ni rastro hay de ella en el *Viage de España* (1772-1794). El motivo no fue otro que hasta 1796-1798, en que finalmente entraron en la Academia, los papeles de Velázquez permanecieron en poder de sus herederos. El responsable de esta incorporación fue el

académico José Cornide (1734-1803), continuador de la labor del marqués de Valdeflores al frente de la Sala de Antigüedades y de Geografía de la Academia, y que por entonces estaba empeñado en la redacción de su *Viaje de Extremadura y Portugal* (asimismo, publicado por la Real Academia de la Historia en 2009, en esta misma colección: edición a cargo de Juan Manuel Abascal y Rosario Cebrián).

Por tanto, es así que este rico e inédito material ya no pasó inadvertido para aquel irrepetible *pesquador* de la historia patria que fue Juan Agustín Ceán Bermúdez (1749-1829), personalidad inadvertida por el editor de la obra, que solo recuerda a Manuel Abella y al propio Cornide como los primeros beneficiarios de la labor anticuaria del desafortunado Marqués. En el *Sumario de las antigüedades romanas que hay en España* (ed. póstuma: Madrid, 1832), Ceán cita expresamente la obra de Valdeflores como ejemplo de rigor (pág. xxvii), recoge algunas inscripciones identificadas por él (págs. 230 y 254-255) y transcribe en extenso («porque es el mejor de describirlas») las ruinas del teatro de Ronda la Vieja (Málaga), la antigua *Acinipo* (págs. 328-355), contenidas en la *Disertación sobre el Theatro, y ruinas de Acinipo*, hecha por Velázquez en 1750 (véase I, pág. 37, y II, págs. 813-818). El libro de Ceán, editado de real orden y precisamente por la Academia de Historia, vino a suplir, si bien setenta y siete años después, aquella labor pionera desarrollada por Valdeflores, víctima hasta hoy día del ojo endémico que la cultura padece en nuestro país¹. Puestos a editar la obra anticuaria del marqués de Valdeflores, se podría haber incluido esta *Disertación*, cuyo manuscrito original y una copia más reciente (de hacia 1805) se encuentran en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia (signs.: 11/8235-29 y 9/5994).

Para ir concluyendo, voy a hacer algunos reparos formales. El índice adolece de confusión: para una obra tan extensa y compleja como esta (dos volúmenes y casi mil páginas), debía estar mejor articulado para discernir, *prima facie*, el orden establecido mediante una sistematización tipográfica, lógica y jerárquica, que diferencie el estudio y la catalogación, a cargo de los editores, de la edición de la correspondencia y manuscritos del de Valdeflores. Otro tanto hay que decir de los documentos incorporados en el cuerpo del estudio (algunos, *in extenso*): van sin sangrar ni alterar el tamaño de la letra. Es un detalle no menor que mejoraría la edición y ayudaría a la comprensión de lo escrito. Igualmente, en volúmenes de este tamaño y peso son siempre de agradecer forros con solapas, que refuerzan la cubierta y la encuadernación. Es una pauta que se venía

¹ «Si este siglo no nos hiciera justicia, los venideros lo harán», presagiaba Velázquez en una carta a Montiano de 19 de agosto de 1755 (véase I, págs. 66 y 261).

observando en otros títulos de esta colección (p. ej., *José Vargas Ponce etc.*, 2010) y a la que se debe volver.

Por último, una advertencia: la figura 21 de la página 70 (tomo I) no es el retrato de Pedro Rodríguez de Campomanes ni tampoco un Mengs; es un error que se arrastra desde que en 1975 Ramón Jordán de Urríes reprodujera este cuadro. Se trata de un caballero santiaguista (orden a la que no perteneció Campomanes) y por la indumentaria y el estilo es anterior a la época del pintor Antonio Rafael Mengs (1728-1779). En realidad, es una obra de Louis-Michael van Loo (1707-1771), como en su día advirtió Juan José Luna (1982), pintada en la década de 1740-1750 (siempre anterior a 1753) y de la que existe una copia en el Museo Nacional del Prado (cat. P 3.126). Y digo yo, ¿no será este el retrato del Marqués de Valdeflores, encargado a raíz de su ingreso en la orden de Santiago en febrero de 1752? El personaje retratado tiene cabalmente los treinta años que por entonces contaba Luis José Velázquez.

JAVIER GONZÁLEZ SANTOS